

## EL JURAMENTO DE SIMON BOLIVAR EN EL MONTE SACRO \*

Por JOAQUÍN DÍAZ GONZÁLEZ

A) *El Juramento de Bolívar.* B) *Maduración de la inquietud anterior de Bolívar que culmina con el Juramento en el Monte Sacro.* C) *Maravilloso cumplimiento del Juramento con la liberación americana.* D) *Fuentes de la historia del Juramento.*

A) Simón Bolívar, perteneciente a la nobleza criolla, nació en Caracas el 24 de julio de 1783 y a los nueve años quedó huérfano también de la madre; en junio de 1799 llegó a Madrid en donde realizó estudios y, “bien enamorado”, se casó con María Teresa Rodríguez del Toro en mayo de 1802. Regresó a Caracas y aquí su “cara y tierna esposa” falleció prematura e inesperadamente el 22 de enero de 1803: este golpe terrible lo dejó desolado en extremo a los diecinueve años.

Entonces Bolívar tomó otro derrotero en el cual con nuevas ideas y ambiciones se dedicó a la política, se apasionó por la gloria y la libertad y tuvo la suerte de “seguir después el carro de Marte en lugar de habérmelas con el arado de Ceres”. Diríase que con este derrotero el destino ineludible le dio la compensación indefectible debida a un temperamento vehemente que llevaba en potencia la inquietud del genio, la vocación heroica y la aptitud para llegar a ser El Libertador.

Bolívar volvió, pues, con otro ánimo a Europa. Y si por la primera pasión, pasión de amor, juró no volver a casarse, conservando en el fondo del corazón el dulce recuerdo de su “cara y tierna esposa”, también por la segunda pasión, como veremos, juró la libertad de la Patria con acento profético.

En febrero de 1804 dio desahogo a su aflicción en Madrid llorando con su suegro don Bernardo la pérdida de María Teresa, cuyas reliquias le había llevado. En mayo del mismo año llegó con Fernando Toro a París en donde con una vida mundana buscó mitigación a su desasosiego; tuvo la gran desilusión por la coronación imperial de Napoleón, cuyas glorias admiraba mucho; dialogó con Humboldt y Bonpland sobre la posibilidad de la emancipación sudamericana;

\* Traslado de la obra del Dr. JOAQUÍN DÍAZ GONZÁLEZ, *Juramento profético de Bolívar en el Monte Sacro*. Roma, 1984. Tipografía Políglota Vaticana.

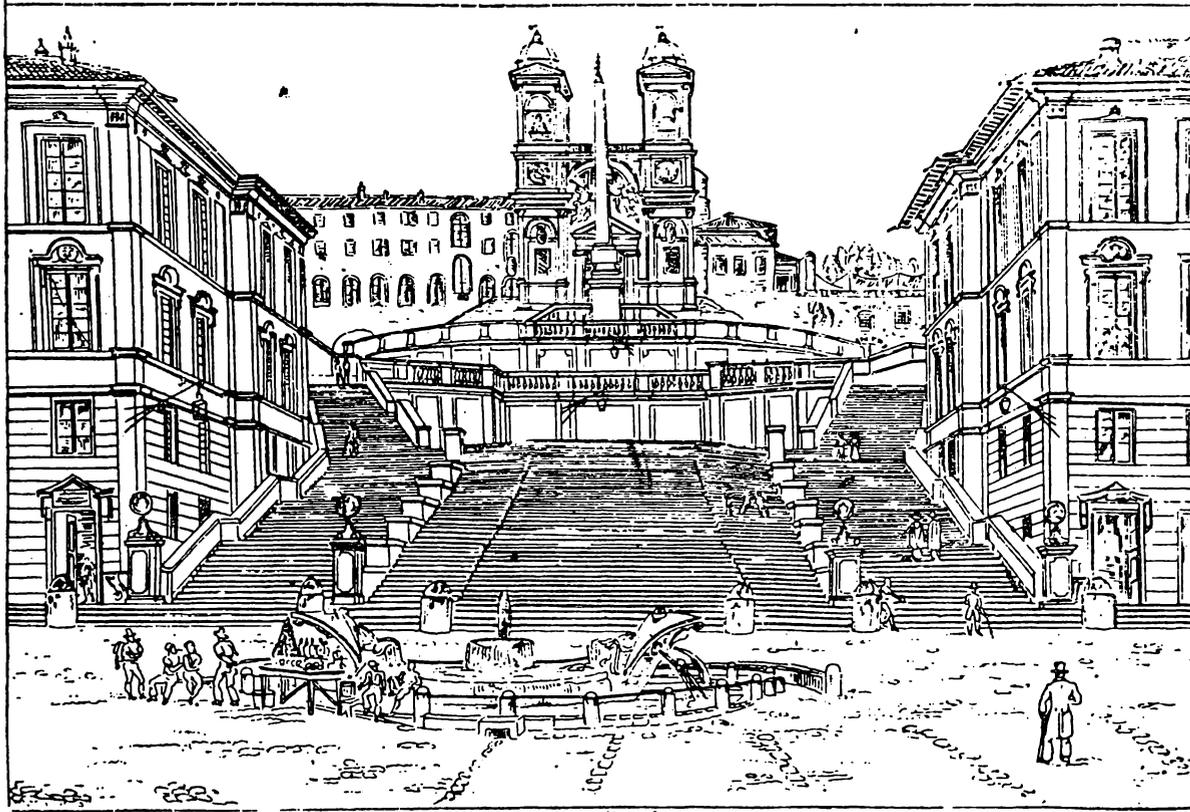
conoció otros personajes y frecuentó salones como el de Fanny de Villars, con la cual tuvo un idilio; en varias ocasiones manifestó, hasta temerariamente, su genio fogoso y sus ideas republicanas. En suma, de París sacó apreciable experiencia, maduración.

Y a fines de la primavera o principios del verano de 1805 Simón Bolívar, joven apuesto de 22 años (*Lámina XIV*), vehemente, romántico y aficionado a la historia, con el alma herida, inquieta y preocupada y abrigando ideas de independencia y libertad, llegó a Roma proveniente de París en compañía de su maestro don Simón Rodríguez (*Lámina XV*), hombre de 34 años, ideólogo inquieto y persona extraordinaria. Viajaron “unas veces... a pie y otras en diligencia”, y durante la excursión presenciaron la revista militar en Marengo y el 26 de mayo la coronación de Napoleón en Italia, y pasaron por ciudades como Milán, Venecia, Bolonia y Florencia. Entraron en Roma por la Puerta del Pópulo y se alojaron verosímilmente en una de las numerosas posadas de la bella, famosa y requerida Plaza de España.

Bolívar, pues, en compañía de Rodríguez, visitó los monumentos antiguos y las ruinas de Roma, con conmoción extraordinaria, evocando “los sabios y los héroes” y fijando la atención en el Capitolio, ciudadela y centro político y religioso de la antigua Roma, en donde se encontraba una vez el célebre Templo de Júpiter, el santuario más importante de Roma, en el cual se cumplían los grandes sacrificios públicos, como el de acción de gracias que los generales y los Emperadores victoriosos celebraban en conclusión de sus pomposos triunfos o desfiles triunfales, de los cuales Roma contó 350. Y la majestad y el hechizo de la Ciudad Eterna y el influjo singular de aquellos mismos lugares, monumentos y ruinas, testigos elocuentes que traían a la memoria la historia y la grandeza de Roma, inflamaron el ánimo de Bolívar e hicieron “nacer en su pecho esperanzas para el porvenir” (*Láminas VII y VIII*).

Entonces Bolívar y Rodríguez dieron intencionalmente un paseo precisamente al Monte Sacro, a orillas del Anio, en la cálida tarde del 15 de agosto de 1805, día de la festividad romana del *Ferragosto* (que deriva de *Feriae Augusti*, fiestas instituidas por el Emperador Augusto), en la cual los romanos acostumbraban ir a pasear fuera de la ciudad. Y cobra un significado especial el escogimiento deliberado de la meta del paseo, el Monte Sacro, es decir el lugar consagrado por las luchas victoriosas de la plebe romana: lugar, pues, el más consonante con la reacción creciente de un espíritu implacable que anhelaba y vislumbraba la independencia y la libertad de la Patria.

Llegaron jadeantes y sudorosos a la cima del Monte Sacro y se sentaron sobre un trozo de columna de mármol, perteneciente indudablemente a las ruinas de las edificaciones antiguas. Y hay abundantes razones para creer que mientras descansaban, el maestro y el discípulo dialogaron en ese sitio extraordinario que por su historia singular ofrecía argumento para hablar de la libertad y, por asociación de ideas, del ansia propia del discípulo y del deseo de emancipación de los americanos oprimidos, deseo semejante a la sed impelente de justicia y libertad de los plebeyos de Roma, tiranizados por los patricios. Era la hora emotiva de la puesta del sol en un día de verano. Y en el ambiente todo podía concurrir a la concentración y a la exaltación del ánimo.



*Piazza di Spagna*

*Acqua da D. Minelli via della Croce 71. 19.*

Lámina V. Vista de la Escalinata (1725) de la Plaza de España, con en la parte superior el Obelisco Salustiano levantado en 1789 y la Iglesia de Santa Trinità dei Monti comenzada en 1495. De un grabado de cerca del 1860.

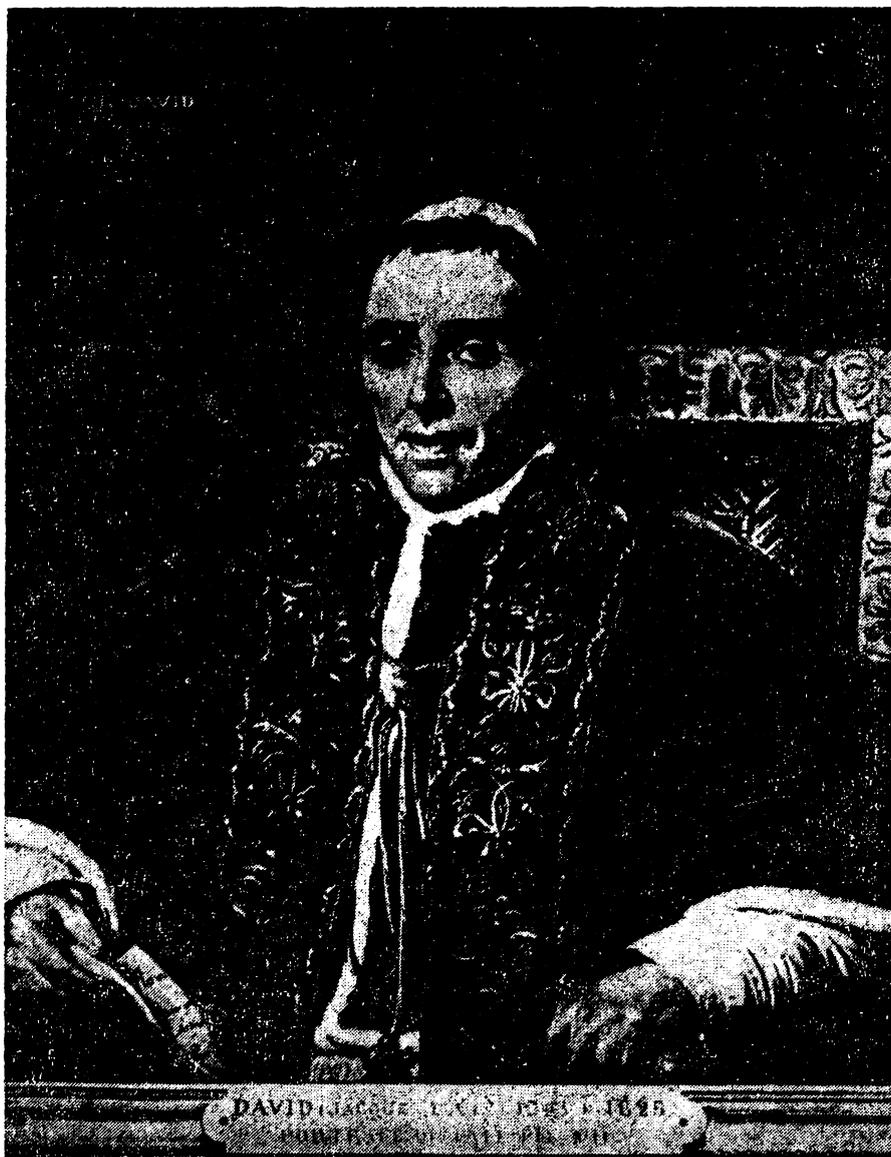
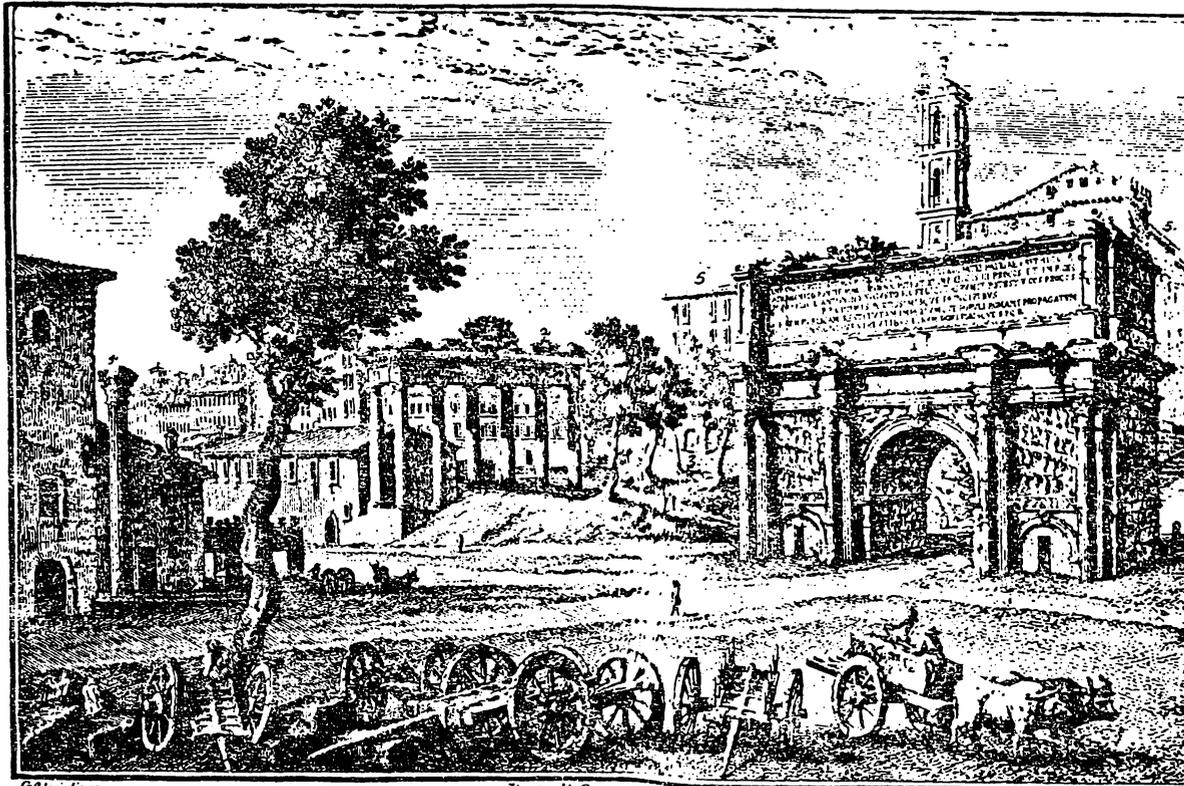


Lámina VI. Retrato del Papa Pío VII ejecutado por David (1748-1825). Museo del Louvre. Foto Alinari.



*Parte di Campo Vaccino  
 l'Arco di Settimio Severo a Colonne del supporto Tempio della Concordia e Colonne nel fusto del Campidoglio e Colonne fidei e Muri del Campidoglio 31*

Lámina VII. Una parte del Foro Romano (Campo Vaccino), vista mirando desde Oriente hacia el Capitolio. Una capa de tierra cubría parte de las ruinas antiguas entre las cuales los bueyes pastaban. Detrás del Arco de Septimio Severo (193-211) se divisan los Palacios del Capitolio con la torre central. De un grabado de Giuseppe Vasi (1710-1782).



Terminado el descanso, Bolívar se levantó con solemnidad impresionante, escrutó los alrededores con su mirada brillante y, teniendo presente la conmoción, la evocación y los clásicos recuerdos que hacía poco habían inflamado su ánimo, sintetizó con discurso rápido y denso la historia de grandezas y miserias de la antigua Roma, y dijo que acaso sólo en el Nuevo Mundo se podrá “resolver el gran problema del hombre en libertad”. Luego, poseído de una emoción sublime y “con animación casi febril”, junto a las ruinas romanas de la colina y ante el atónito maestro, llegó a la explosión del ánimo pronunciando el juramento solemne de dedicar su vida a la liberación de la Patria, y la Patria para él era América.

“Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por la Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.

B) Ahora bien, profundizando más el argumento podemos decir que Bolívar y Rodríguez vinieron a Roma atraídos por el hechizo singular de la ciudad sin igual que respondía a los espacios de desahogo que la agitación del ánimo necesitaba y buscaba; es decir, que no vinieron por la simple curiosidad de conocer un lugar nuevo o con el propósito determinado de jurar la libertad de América.

Por otra parte, la inquietud revolucionaria que llevó hasta el compromiso capital del Monte Sacro, tuvo su proceso de maduración con fenómenos premonitorios en un alma veherente, hipersensible, ansiosa de libertad y excitada por las ideas de emancipación americana que cundían. Bastan algunos barruntes: las ideas rebeldes y crecientes que se asomaban ya a la mente de Bolívar desde que pasó por Méjico en 1799; las conversaciones con el Marqués de Ustáriz; la impresión estimulante del genio y de la gloria de Bonaparte; la primera rebelión de la espada contra la autoridad española representada por la policía que lo molesta en la Puerta de Toledo; la herida insanable y el cambio de rumbo por la pérdida prematura de la mujer adorada e inolvidable; la necesidad impelente de desenfado y de satisfacción; el avivamiento de libertad, implícito en el juramento masónico que, según Mancini, pronunció en Cádiz; ante “la aclamación universal” de Napoleón, el “pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que cabría al que lo libertase”, según le dijo a Perú de Lacroix; el estímulo a la consideración, al tanteo interior y al encaminamiento, que el ánimo inquieto debió de recibir con los pareceres lisonjeros e insinuantes que le manifestaron Humboldt y Bonpland sobre la posibilidad de la emancipación americana; la invocación virtual de la Patria, que maduraba; la confesión que hace a Teresa en carta de 1804, diciéndole que “París no es el lugar que pueda poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado”; algotros amagos de la experiencia que iba adquiriendo y de las ideas que le venían.

Por estas y otras señas, pues, que indican no sólo disposición extraordinaria, estímulo y agitación del ánimo, sino ambición, preocupación, desvelo y reflexión, especies que maduran la intención y llevan al atrevimiento y a la decisión, repito, podemos afirmar que el Juramento de Bolívar no nació por generación

espontánea, como un simple acto repentino del momento, sino que tuvo su desarrollo interior, su premoción, sus antecedentes. Por lo cual Bolívar, con el ardor y la inquietud que traía, podía encontrar a su tiempo y sazón un momento y un lugar adecuados o la chispa para una explosión, la oportunidad para una definición, la ocasión para una manifestación determinante y fundamental.

Entonces el entusiasmo estimulante y sugerente del contacto conclusivo con Roma se agregó oportunamente a la condición en que ya se encontraba Bolívar y a la influencia ocasional del maestro revolucionario. Y en el paseo intencional de Bolívar y Rodríguez al Monte Sacro se puede entrever el anhelo o la determinación de un desenlace que sólo necesitaba otras circunstancias complementarias de orden conmemorativo y ambiental, pues el propio Libertador dice: “¿Se acuerda Vd. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria?”; y el General O’Leary agrega: “corrió al célebre Monte Sagrado, al que Sicinio llevaba a los plebeyos de Roma, (...) e hizo aquel voto de cuyo fiel cumplimiento es glorioso testimonio la emancipación de la América del Sur”.

Así, con el ánimo pronto e inflamado, y en el lugar sugestivo escogido de propósito, y en una hora emotiva, y con la imagen de la Patria en el corazón, e incitado por la asociación de antiguas y nuevas aspiraciones de justicia y libertad, y en un punto de síntesis, Bolívar logra finalmente la explosión, la expansión decisiva, las cuales llegan al *summum* con las expresiones terminales y determinantes del discurso retórico e inflamado, es decir con las palabras prometedoras, particulares y esenciales del Juramento propiamente dicho. (Léase el discurso completo de Bolívar en el relato de don Simón Rodríguez, que se encuentra en el Capítulo III, Nº 2 de esta obra).

De esta manera Roma, con su influencia mágica, terminó por consagrar a Bolívar para la libertad, para la gloria y para la inmortalidad.

C) Con respecto de la visita a Roma y del paseo al Monte Sacro, conviene notar que, si se supusiera que también Bolívar y Rodríguez querían tener una guía apropiada, precisamente en aquella época circulaban en Roma muchas guías, en francés y en italiano, como las cinco que hemos nombrado en el Capítulo I de esta misma obra.

El Monte Sacro, como hemos dicho, se encuentra en la margen derecha del Río Anio y es una colina pequeña de 37 metros de altura, justamente llamada “mamelón” por el mismo don Simón Rodríguez. De suerte que Bolívar y Rodríguez, situados en el no grande espacio de la cima, sentían bajo sus pies la misma tierra que pisaron Sicinio, Duilio, los plebeyos rebeldes y el gran Menenio Agripa, cuyo sepulcro monumental veían en las faldas de la colina. Y es curioso notar que hasta el eco sugestivo de la palabra “juramento” vagaba desde la Antigüedad sobre la colina del Anio, no solamente porque el juramento de alistamiento militar prestado ante los Cónsules ligaba a los soldados quienes por no quebrantarlo, instigados por Sicinio, después de abandonar a los mimos Cónsules en lugar de matarlos, se retiraron en son de rebeldía con las insignias a dicha colina que luego se llamó Monte Sacro, sino también porque en esa primera secesión de

la plebe se juró allí mismo la famosa *Ley Sagrada* referente a la inviolabilidad de los Tribunales de la Plebe, Ley que obligaba en virtud de juramento. Y el verbo "jurar" lo usará con frecuencia el mismo Bolívar en sus escritos, empezando porque en el Juramento del Monte Sacro lo usa cinco veces.

Así nació en Roma, el 15 de agosto de 1805, la estrella de la libertad de América. Así en una explosión sublime y promisorio volvieron a resonar las palabras decisivas de rebeldía en el Monte Sacro, precisamente mientras el sol dejaba la Ciudad Eterna para ir a iluminar las tierras del Nuevo Mundo. Así salieron del Monte Sacro las antorchas de la epopeya americana, y desde entonces la colina del Río Anio ya no será sagrada tan sólo en la historia de Roma, sino que lo será también en la historia de la independencia americana. Y así el Monte Sacro entró de lleno en nuestros fastos gloriosos, como entró el nombre de Venecia en el apelativo de Venezuela y el de Américo Vespucci en el del Nuevo Continente. El Monte Sacro es la Colina de la Libertad.

El Juramento de Bolívar tuvo resonancia en Roma, pero los españoles que residían en la ciudad, y acaso también el Embajador de España, no le dieron la importancia que merecía hablo del Embajador porque después éste llevó a Bolívar a la audiencia del Papa Pío VII.

Bolívar visitó a Nápoles y volvió a París en compañía de Rodríguez. Sin retornar a Madrid se embarcó en Hamburgo, y en 1807 regresó por los Estados Unidos a Venezuela. "Venía preocupado (dice O'Leary) por el pensamiento que tan ardientemente acariciaba, y llena el alma de un odio resuelto y mortal a todo lo español".

A su tiempo, por una serie de circunstancias y acaecimientos y con un empeño inquebrantable los cuales, diríase, respondían a un empuje del destino, Bolívar llegó a encabezar la grandiosa lucha de la emancipación en Sudamérica, guiado portentosamente por el estallido de su genio, por la manifestación de su vocación heroica y por el sublime anhelo de Apóstol de la gloria y de la libertad.

La fe empeñada por la libertad impulsará y sostendrá a Bolívar por todos los caminos y vaivenes de la epopeya de liberación, mientras con los ejércitos cruza llanuras, ríos y montañas; en tanto que renace de los escombros con nuevas energías, forja los hombres para la lucha, surge como guerrero sin igual, gana batallas, fulgura como estadista, se eleva como legislador y profeta, produce una doctrina nacional e internacional, crea un conjunto maravilloso de Naciones libres e independientes, afianza con las últimas batallas la independencia del resto de la América Meridional, piensa en una América unida y escala como Libertador y Héroe de América otro monte simbólico, el Potosí, en donde parece como si recogiese ante la América libre y ante su maestro el fruto anhelado de su Juramento.

El ímpetu y la vehemencia del Monte Sacro vuelven a aparecer, como un fuego interior, en la vida del Libertador, y los encontramos en la famosa invectiva durante el Terremoto de Caracas del año 1812, en la visión de Casacoima, en "Mi delirio sobre el Chimborazo", en el sublime grito "¡Triunfar!" que lanza

gravemente enfermo en Pativilca antes de las batallas decisivas de Junín y de Ayacucho.

El ardiente entusiasmo de la colina del Anio y las señales de la propensión a jurar reaparecerán a menudo en sus escritos y en sus discursos.

El recuerdo del compromiso sagrado se repite como un eco inextinguible en sus mismos escritos, como lo dicen, por ejemplo, las siguientes frases: “Nuestras armas redentoras... han venido a protegeros contra vuestros natos enemigos los españoles de España, a quienes juramos una guerra eterna y odio implacable” (Discurso a la Municipalidad de Mérida, mayo de 1813). “La libertad encendió en mi seno este fuego sagrado”... “no envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada” (Discurso del 2 de enero de 1814). “Esta espada no puede servir de nada el día de la paz, y éste debe ser el último de mi poder; porque así lo he jurado para mí...” (Discurso ante el Congreso de Colombia, Villa del Rosario, 3 de octubre de 1821). “Mi buena suerte me promete que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los Incas y el deber que yo mismo me he impuesto de no reposar, hasta que el Nuevo Mundo no haya arrojado a los mares todos sus opresores” (Contestación a los Diputados del Perú, quienes le reiteraban el invito para que fuera a dicho país; Guayaquil, 1º de agosto de 1823). “¿Se acuerda Vd. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria?” (Carta a don Simón Rodríguez, del 19 de enero de 1824). “Libertador o muerto es mi divisa antigua” (Carta a Santander, del 19 de septiembre de 1826). Y aquella afirmación del Monte Sacro, de que sólo en el Nuevo Mundo se podrá “resolver el gran problema del hombre en libertad”, se conecta diecinueve años después con la proclama de la batalla de Junín: “la Europa liberal os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo”. “El mundo de Colón ha dejado de ser español” (Alocución a los Colombianos, del 23 de noviembre de 1826).

El cumplimiento del Juramento del Monte Sacro, a lo largo de una epopeya incomparable, tuvo su certificación correspondiente y su exaltación con el título de Libertador, el cual pertenece por antonomasia a Bolívar no solamente porque es la consecuencia del mismo Juramento, sino porque se lo dio Mérida por aclamación ya el 23 de mayo de 1813, durante la Campaña Admirable, y se lo confirmó pocos meses después la Municipalidad de Caracas, y se lo adjudicó el Congreso de Angostura por Decreto del 6 de enero de 1820, cinco meses después de la Batalla de Boyacá.

La aclamación arriba nombrada, pues, acrece la serie singular de conexiones que existe entre Roma y la preclara Mérida de Venezuela, nieta de Roma habiendo sido fundada por un extremeño perteneciente a Emérita Augusta, ciudad romana de la grande España.

Y con el título de Libertador, Bolívar presenta ante el mundo el mérito excelso con el cual supera, en la nobleza del fin perseguido y de los resultados logrados, a los otros cuatro más grandes capitanes de la historia (Alejandro, Aníbal, César y Napoleón), porque su espada y su genio no fueron usados para conquistar y dominar, sino para dar la independencia y la libertad a los pueblos.

D) El Libertador refirió en Juramento a sus amigos. Y además consagró su recuerdo en la célebre carta que con fecha 19 de enero de 1824 le escribió desde Pativilca a don Simón Rodríguez: “¿Se acuerda Ud. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá Ud. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener”. Así, el recuerdo vivo del Juramento en el Monte Sacro, tan íntimamente unido con la liberación de la América Latina y con las enseñanzas y la compañía del maestro en aquel acto, fue el mejor enlace para reanudar el diálogo después de diecinueve años. En realidad el consabido recuerdo, afirmado de la manera dicha, precisamente antes de las batallas definitivas de Junín y de Ayacucho, resultó un auspicio feliz de victoria. Y parecería como si el vatídico *¡Triunfar!*, gritado en Pativilca por el Libertador gravemente enfermo, fuese un eco lejano e inextinguible del mismo Juramento, recordado allí mismo en un momento decisivo de la epopeya.

En 1850 don Simón Rodríguez dio a don Manuel Uribe Angel el relato circunstanciado del Juramento de Bolívar sobre el Monte Sacro, al cual había asistido como testigo y compañero. Dicho relato fue publicado en el libro “Homenaje de Colombia al Libertador Simón Bolívar en su primer centenario, 1783-1883”, y aparece transcrito más adelante, en el lugar de los documentos, acompañado de la copia fotostática (*Lámina XVI*).

Don Simón Rodríguez justamente se sintió orgulloso de haber sido testigo del acto trascendental, y en las frases finales de su relato circunstanciado del juramento, dirá con satisfacción de maestro: “el muchacho cumplió su palabra. Toca a las generaciones venideras perfeccionar la obra”. Pero además de habernos dejado dicho relato circunstanciado junto con el texto mismo de las palabras del juramento de Bolívar, don Simón Rodríguez antes de confesarse y de morir en 1854, dijo “que no tenía más religión que la que había jurado en el Monte Sacro con su discípulo” (Volumen III de los “Escritos de Simón Rodríguez”, publicado en 1958).

Del Monte Sacro como lugar del juramento profético de Simón Bolívar escribieron y hablaron, no solamente el Libertador (autor del juramento mismo) y don Simón Rodríguez (compañero y testigo), sino también las personas contemporáneas o que recogieron de los propios labios del Libertador el recuerdo o relato del hecho, como el General O’Leary (“Memorias”), el General Tomás Cipriano de Mosquera (“Memoria sobre la Vida del General Simón Bolívar”, 1853), el historiador José Manuel Restrepo (“Historia de la Revolución de Colombia”), el General Juan José Flores (Discurso en la “Inauguración de la Estatua del Libertador en Lima”, publicado en 1859), la carta imaginaria de “Manco-Capac al Libertador” (*Gaceta Colombiana*, Nº 226, del 12 de febrero de 1826), el plenipotenciario de Bolívar, José Pando (“A sus conciudadanos” por José Pando).